

Nuestras tareas actuales

León Trotsky
7 de noviembre de 1933

(Versión al castellano desde “Nos tâches d’aujourd’hui”, en L. Trotsky (P. Broué editor), *Oeuvres*, Tomo 3, Institut Léon Trotsky-EDI, París, 1978, páginas 36-41; también para las notas. Prefacio a un folleto de la sección belga titulado *La situation politique après les pleins pouvoirs*, publicado en *La Vérité*, 17 de noviembre de 1933. Este texto presenta el inmenso interés de proponer un análisis global del movimiento de la clase obrera inmediatamente tras la quiebra alemana y porque el análisis aquí esbozado sustentará la orientación e incluso los “giros” del período ulterior.)

Nuestros amigos belgas se han dirigido a mí pidiéndome un prefacio para un folleto que caracteriza la situación política en Bélgica y las tareas del proletariado. Debo confesar que en los últimos años no he tenido la posibilidad de seguir día a día la vida interna de Bélgica. Por supuesto que trataré de colmar esa laguna. Pero, en cualquier caso, no me creo con derecho a pronunciarme de forma tan concreta como sería necesario sobre las cuestiones actuales, prácticas, de la lucha del proletariado belga. Por otra parte, no es necesario. Nuestros camaradas belgas, como demuestra este folleto, saben trazar su vía sin ayuda del exterior.

A guisa de prefacio enunciaré algunas consideraciones generales sobre la situación política de Europa y sobre las tareas que de ella se deducen para la vanguardia proletaria. Lo que diré concierne también a Bélgica en la medida en que la crisis general del capitalismo, el crecimiento del fascismo y el peligro de guerra, imprimen su decisiva marca sobre la vida interna de todos los países de Europa.

La victoria del nacionalsocialismo en Alemania ha conducido a un fortalecimiento de las tendencias no comunistas sino democráticas entre el proletariado de otros países europeos. Lo vemos de forma particularmente clara en Inglaterra y Noruega; pero el mismo proceso se está produciendo sin duda en otros países. Es muy probable, en particular, que la socialdemocracia belga experimente, en el próximo período, un nuevo auge. Que el reformismo es el peor freno para el desarrollo político y que la socialdemocracia está condenada al colapso es para nosotros el ABC. Pero el ABC por sí solo no basta. Necesitamos ser capaces de discernir las etapas concretas del proceso político. En el declive histórico general, tanto del reformismo como del capitalismo, hay inevitables períodos de resurgimiento temporal. Una lámpara, antes de apagarse, a veces vuelve a la vida muy brillante.

La fórmula: *fascismo o comunismo* es absolutamente correcta, pero sólo en última instancia. La política fatal de la IC, apoyada por la autoridad del estado obrero, no sólo ha comprometido los métodos revolucionarios: le ha ofrecido a la socialdemocracia, manchada por crímenes y traiciones, la posibilidad de levantar de nuevo sobre la clase obrera la bandera de la democracia como bandera de salvación.

Decenas de millones de obreros están alarmados hasta lo más profundo de su conciencia por el peligro del fascismo. Hitler les ha mostrado una vez más lo que significa el aplastamiento de las organizaciones obreras y los derechos democráticos básicos. Los estalinistas llevaban años diciendo que no había diferencia entre fascismo y democracia, que el fascismo y la socialdemocracia eran gemelos¹. La trágica experiencia de Alemania

¹ Alusión a la política del “tercer período” en la que la IC y los partidos comunistas cualificaban a la socialdemocracia de “socialfascismo”. Stalin en persona fue el primero en emitir la teoría según la cual

ha convencido a los obreros de todo el mundo del absurdo criminal de semejante retórica. De ahí el declive inminente de los partidos estalinistas, en circunstancias excepcionalmente favorables para el ala revolucionaria. De ahí también las aspiraciones de los obreros a aferrarse a sus organizaciones de masas y a sus derechos democráticos. Gracias a diez años de política criminal por parte de la Internacional Comunista estalinista, el problema se plantea ante la conciencia de millones de obreros, no bajo la forma de la antítesis decisiva *dictadura del fascismo o dictadura del proletariado*, sino bajo la forma de la alternativa mucho más primitiva y mucho menos clara: *fascismo o democracia*.

Tenemos que tomar la situación política, que es nuestro punto de partida, tal como es, sin hacernos ninguna ilusión. Por supuesto, seguimos siendo fieles a nosotros mismos y a nuestra bandera; siempre y en toda circunstancia decimos quiénes somos, qué queremos y adónde vamos. Pero no podemos imponer mecánicamente nuestro programa a las masas. La experiencia de los estalinistas a este respecto habla por sí sola. En vez de enganchar su locomotora al tren de la clase obrera y acelerar su avance, los estalinistas lanzan su locomotora con sonoros silbidos contra el tren del proletariado, obstaculizando su movimiento y a veces chocando con él; entonces, de la pequeña locomotora no quedan más que añicos. El resultado de tal política es que, en algunos países, el proletariado se ha convertido en víctima indefensa del fascismo, y en otros, ha sido empujado de nuevo a las posiciones del reformismo.

Evidentemente, no se puede hablar de una regeneración seria y duradera del reformismo. En sentido estricto, no se trata de reformismo en el sentido amplio de la palabra, sino de las aspiraciones instintivas de los obreros a defender sus organizaciones y sus “derechos”. De estas posiciones puramente defensivas y conservadoras, la clase obrera puede y debe, en el proceso de lucha, pasar a una ofensiva revolucionaria generalizada. La ofensiva debe, a su vez, preparar a las masas para aceptar las grandes tareas revolucionarias y, en consecuencia, nuestro programa. Pero para llegar a esta etapa, debemos saber atravesar el período defensivo que se abre ahora, con las masas en primera línea, sin disolvernarnos en ellas, pero también sin separarnos de ellas².

Los estalinistas (y sus piadosos imitadores, los brandlerianos) han prohibido las consignas democráticas en todos los países del mundo: en la India, que aún no ha realizado su revolución nacional liberadora; en España, donde la vanguardia proletaria aún no ha encontrado la manera de transformar la revolución burguesa que se arrastra en revolución socialista; en Alemania, donde el proletariado, destrozado y atomizado, se ve privado de todo lo que había conquistado en el transcurso del siglo pasado; en Bélgica, donde el proletariado mantiene la mirada fija en sus fronteras orientales y donde, ahogando la profunda desconfianza que siente en su corazón, apoya al partido del “pacifismo democrático” (Vandervelde³ y compañía). La negación pura y simple de las consignas democráticas es deducida por los estalinistas abstractamente de las características generales de nuestra época, que es la época del imperialismo y de las

“socialdemocracia” y “fascismo” se situaban no en las antípodas, sino como “gemelos”. Una de las consecuencias de tal línea era, evidentemente, hacer imposible cualquier frente único con los partidos socialdemócratas.

² Observación de suma importancia tras la constatación de que la victoria hitleriana les ha devuelto a las organizaciones reformistas un papel mucho más importante. Se puede pensar que lo que se llamará el “giro francés” (la entrada en los partidos socialdemócratas) está en germen en este análisis.

³ Emile Vandervelde (1866-1938), abogado, presidente de la II Internacional antes de 1914, había devenido ministro en un gobierno de unión sagrada durante la guerra. Después de ésta, había consagrado sus esfuerzos a una reconciliación con los socialpatriotas alemanes para la reconstitución de la II Internacional, de la que se había convertido en presidente en 1929. Por otra parte, apoyaba una política de “paz” cuyo contenido era evidentemente el status quo establecido por Versalles.

revoluciones socialistas. ¡No hay ni una pizca de dialéctica en esa manera de plantear la cuestión! Las consignas y las ilusiones democráticas no pueden ser abolidas por decreto. Las masas tienen que pasar por ellas y eliminarlas en la experiencia de la lucha. La tarea de la vanguardia es enganchar su locomotora al tren de las masas. En la actual posición defensiva de la clase obrera, es necesario encontrar elementos dinámicos, es necesario empujar a las masas a sacar deducciones de sus propias premisas democráticas, es necesario profundizar y ampliar el campo de lucha. También aquí la cantidad debe convertirse en calidad.

Recordemos una vez más que en 1917, cuando los bolcheviques eran ya incomparablemente más fuertes que cualquiera de las actuales secciones de la IC, siguieron exigiendo la rápida convocatoria de la asamblea constituyente, la reducción del límite de edad electoral, los derechos electorales para los soldados, la elegibilidad de los funcionarios, etc. De abril a septiembre de 1917, la principal consigna de los bolcheviques, “todo el poder a los sóviets”, significaba todo el poder para los socialdemócratas (mencheviques y socialistas revolucionarios). Cuando los reformistas concluyeron un gobierno de coalición con la burguesía, los bolcheviques lanzaron la consigna: “¡Abajo los ministros capitalistas!”, lo que significaba una vez más: “¡Obreros, obligad a los mencheviques y a los socialistas-revolucionarios a tomar todo el poder en sus manos!” La experiencia política de la única revolución proletaria victoriosa ha sido desfigurada y distorsionada por los estalinistas hasta hacerla irreconocible. Nuestra tarea, también aquí, es restablecer los hechos y sacar las conclusiones que hoy son indispensables.

Nosotros, los bolcheviques, creemos que la verdadera forma de escapar al fascismo y a la guerra es tomar el poder mediante la revolución y establecer una dictadura proletaria. Vosotros, obreros socialistas, no estáis de acuerdo con esto. Creéis que no sólo podéis salvar lo conquistado, sino también avanzar por el camino de la democracia. Que así sea. Hasta que os hayamos convencido y pasado a nuestro bando, estamos dispuestos a recorrer este camino con vosotros, hasta el final. Pero os exigimos que luchéis por la democracia no con palabras, sino con hechos. Todos reconocen (cada uno a su manera) que, en las circunstancias actuales, necesitamos un “poder fuerte”. Así que obliguen a su partido a emprender una lucha real por un estado democrático fuerte. Para lograrlo, primero hay que erradicar los restos del estado feudal. Hay que conceder el derecho de voto a todos los hombres y mujeres mayores de dieciocho años, incluidos los soldados. Concentrar todos los poderes, legislativo y ejecutivo, en manos de una sola cámara. Que su partido lance una campaña seria sobre estas consignas, que ponga en pie a millones de obreros, que conquiste el poder con el empuje de las masas. Sería, en todo caso, un intento serio de luchar contra el fascismo y la guerra. Nosotros, los bolcheviques, conservaríamos el derecho de explicar a los obreros la insuficiencia de las consignas democráticas; no podríamos, ciertamente, asumir la responsabilidad de este gobierno socialdemócrata, pero os ayudaríamos honradamente a luchar por él; con vosotros, rechazaríamos todos los ataques de la reacción burguesa. Es más, nos comprometeríamos ante vosotros a no emprender ninguna acción revolucionaria que rebasara los límites de la democracia (de la verdadera democracia) hasta que la mayoría de los obreros se hubiera puesto conscientemente del lado de la dictadura revolucionaria.

Esta debe ser nuestra actitud hacia los obreros socialistas y sin partido en el próximo período. Al asumir con ellos, de entrada, la posición de defender la democracia, debemos darle a esa defensa desde el principio un serio carácter proletario. Debemos decirnos con firmeza que *no permitiremos que se repita lo ocurrido en Alemania*. Cada obrero avanzado debe estar completamente imbuido de la determinación de no permitir que el fascismo levante la cabeza. Todos los centros del fascismo (redacciones, clubes,

cuarteles fascistas, etc.) deben ser rodeados con el anillo del bloqueo proletario con igual perseverancia. Debemos concluir acuerdos de combate entre organizaciones obreras, políticas, sindicales, culturales y otras, para acciones conjuntas en defensa de todas las instituciones de la democracia proletaria. Cuanto más serio y reflexivo sea este trabajo, menos ruidoso y jactancioso será, más rápidamente se ganará la confianza de las masas proletarias, empezando por la juventud, y con mayor seguridad nos conducirá a la victoria.

Así es como vemos las líneas maestras de una política verdaderamente marxista en el próximo período. Esta política adoptará sin duda formas en los diferentes países de Europa que dependerán de las circunstancias nacionales. Es tarea de la dirección revolucionaria seguir de cerca los cambios en la situación y las modificaciones en la conciencia de las masas, y lanzar en cada etapa las consignas que se deriven de la situación en su conjunto.

[Edicions Internacionals Sedov](#)

Serie: [Trotsky inédito en internet y en castellano](#)



germinal_1917@yahoo.es